

Iritzia

Behatokia

POR Koldo Mediavilla



Vergüenza propia y ajena

Sí, vergüenza. De la desigual respuesta personal, en primera persona, ante el dolor ajeno en virtud de su ubicación. Y de la instrumentalización política que algunos hacen del mismo

TENGO aún el corazón encogido tras los ataques terroristas simultáneos que se produjeron en París hace ya dos semanas. Reconozco, no sin vergüenza, que no tuve la misma impresión cuando en Mali la misma crueldad fanática se llevó por delante la vida de 22 personas. Y me horrorizo al no percibir la misma compasión humana al conocer el atentado de Túnez con trece víctimas mortales. Me avergüenzo. Sin más. Y temo que en el siguiente incidente terrorista que ocurra, y más si es en una zona alejada (Siria, Irak, Turquía...), mi respuesta emocional desuente el horror como un elemento más en la agenda.

¿Por qué mi estado emocional no ha sido el mismo en todos los casos? ¿Por qué mi reacción ha sido diferente ante unos hechos de violencia idéntica? ¿Acaso percibo víctimas de primera y de segunda? No tengo una respuesta cierta. Ni coherente. Tal vez mi subconsciente asimiló que en París, en sus terrazas, en sus centros de ocio, podía haber estado yo. O mi familia y amigos. Y en Bamako, no. Quizá la proximidad geográfica tuvo algo que ver. No lo sé. Pero algo me ha sacudido en mis principios éticos, pues creo que una vida humana tiene el mismo valor aquí que en Sebastopol. Aunque no lo perciba de igual manera. Algo parecido aconteció con la dramática imagen de Aylan Kurdi, el niño sirio ahogado en una playa de Turquía. Aquella fotogra-

fía conmocionó el planeta. ¿Acaso no había habido más niños muertos como consecuencia del conflicto bélico en la zona? ¿Cuántos niños, jóvenes y ancianos habían sucumbido en el éxodo humanitario sin que una sola lágrima de compasión se hubiese derramado?

Cuando el dolor es lejano, lo expresamos con lástima. Pero cuando nos toca de cerca, el injusto sufrimiento se torna no sólo en indignación sino en temor, en inseguridad, en desconsuelo.

El terror fanático, sea religioso o de otra índole, tiene como objetivo la socialización del miedo a través de unas acciones cuyo grado de crueldad rozan lo insostenible. El extremismo de su acción, que lleva a sus practicantes no sólo a la destrucción de los demás sino a su inmolación personal si fuera preciso, nos enfrenta a un fenómeno de muy difícil combate pues el diálogo y la negociación resultan mayoritariamente inútiles ante la inquebrantable voluntad dañina.

Determinar cómo hacerle frente de manera eficaz es el desafío más importante que las democracias occidentales tienen en este momento. Simplificar la respuesta a través de un reforzamiento de la seguridad puede resultar la tentación primaria de quien ha sufrido un ataque. La seguridad es una cuestión básica, pero no puede ni debe ser la coartada que sacrifique la libertad individual y colectiva y que adúltere los principios de justicia, derechos humanos y democracia en los que se sustentan las sociedades occidentales.

Frente a una amenaza real como la que ha golpeado y previsiblemente seguirá golpeando al mundo actual, cabe inicialmente un diagnóstico previo y rotundo: la condena y la deslegitimación de la violencia. La condena debe afectar a los hechos terroristas y al fanatismo que los empuja, sin estigmatización alguna de colectivos, credos o etnias que derivaría hacia la alimentación de un odio de revancha en el que el problema, lejos de ser identificado en sus justos términos, se ampliaría y agravaría notablemente. La condena, igualmente, debe ser sincera. Sin dobles lecturas ni intereses ventajistas. El deplorable espectáculo vivido en torno a una declaración mal formulada desde el origen en el seno del Parlamento Vasco, pone en evidencia la falta de ética y de sinceridad de los redactores de un texto que presuntamente buscaban la unanimidad a sabiendas de que el contenido del escrito lo impedía. La burda maniobra, utilizada para imputar al PNV su presunto desmarque en la conde-

na de los atentados parisinos, solo sirvió para un estéril cruce de reproches en el que la búsqueda de rédito electoral emponzoñó lo que debía haber sido un simple acto reglado de compromiso político contra el terrorismo y a favor de los derechos humanos. Fue como aquellos debates de otros tiempos en los que se instrumentalizaba a las víctimas y a las consecuencias del horror de la violencia por intereses de parte. La peor cara de la acción política. Un error de bulto que días más tarde fue subsanado en un abrir y cerrar de ojos con un nuevo texto y una nueva formulación apoyada y ratificada por todos los portavoces parlamentarios vascos. Mucho coste en alforjas para tan corto viaje.

Pero si la instrumentalización del dolor encontró en la cámara de Gasteiz un imponente centro de manipulación, en el conjunto del Estado, los dos partidos mayoritarios -PP y PSOE- no han escatimado medios ni acciones para utilizar la respuesta al terrorismo en el clima electoral que envuelve a la política española.

La excusa del pacto de Estado contra el terrorismo yihadista, suscrito en su día en solitario y sin posibilidad de consenso entre las dos formaciones, se ha utilizado como elemento de propaganda e imagen. Porque dicho pacto no es sino una fotografía de una declaración de intenciones que nació cerrada al universo parlamentario y que ahora se ha abierto, a modo de gran angular, para escenificar un acuerdo de Estado sin contenido. Firmeza cosmética sin más. Porque de fondo de actuación no hablemos. Tan sólo la referencia al endurecimiento del Código Penal para los delitos de terrorismo (incorporándose la nueva pena de prisión permanente revisable). ¿Alguien puede llegar a pensar que un activista del ISIS, cargado con un chaleco de explosivos, vaya a renunciar a su acción mortífera ante la amenaza de ser condenado a la cadena perpetua?

La amenaza es cierta y grave. Es consecuencia de errores bélicos del pasado y de posiciones geoestratégicas que han hecho del mundo un polvorín de conflictos

La exhibición del pacto antiyihadista obedeció, una vez más, al interés de populares y socialistas por sacar músculo. De presentarse ante el electorado español como campeones de la responsabilidad y del sentido de Estado. La prueba del algodón ha sido que cuando otras formaciones políticas han decidido sumarse al retrato, ni Rajoy ni Pedro Sánchez han aparecido en la instantánea, devaluando la presencia de sus formaciones en dirigentes de segundo nivel. Rinde más una entrevista de Rajoy y Sánchez con Berín Osborne que una foto compartida con Rivera. Mercadotecnia pura y dura.

Así es. Firmeza de cartón piedra. Unidad de conveniencia. Y estupideces, las justas. Lo es afirmar con descaro que "el PNV es el único partido que no ha apoyado el pacto antiyihadista". Hay que tener tupé para decirlo. Sobre todo, cuando el PNV sabe de primera mano que ni Rajoy ni Pedro Sánchez quieren asumir compromisos que impliquen la acción de España en un movimiento defensivo europeo contra el ISIS antes de que se celebren las elecciones generales. Ni en el Mediterráneo, ni en el Sahel africano.

Hacer frente al ISIS y a su guerra de aquí y de allá implica seriedad y responsabilidad. No impostura. Implica una acción coordinada en el ámbito europeo. Implica prevención internacional con el fomento de una mayor inteligencia e investigación dentro y fuera de las fronteras de la Unión. Implica estrategias de defensa comunes. Intercambio de informaciones. Conexión de fuerzas de seguridad y policías. Neutralización de las fuentes económicas y de mercado de armamento que nutren a las organizaciones terroristas. Utilización de los mecanismos legales de seguridad internacional dimanados de las Naciones Unidas. Implica compromiso de defensa sin afección a los principios de libertad y derechos humanos. Eso es un pacto antiyihadismo auténtico. No posturo ni cálculo electoral. La amenaza es cierta y grave. Es consecuencia de errores bélicos del pasado y de posiciones geoestratégicas que han convertido al mundo en un polvorín de conflictos globalizados. El Papa Francisco ha hablado de una tercera guerra mundial. Yo no estoy capacitado para decir tanto. Ni para negarlo. Lo único que soy capaz de reconocer es mi incomprensible respuesta desigual ante el dolor ajeno y mi vergüenza más absoluta por la instrumentalización política que algunos han hecho de esta grave situación.

* Secretario del EBB de EAJ/PNV